

voz que más repercuta en el alma;—movió la cabeza con ímpetu brioso para alejar en esfuerzo supremo los contrarios pensamientos que le bullían en el cerebro, y se acercó resuelto con los ojos húmedos á la puerta; al ver llorar al hijo querido, la madre suspendió el canto que revoloteaba en sus labios; se echó en sus brazos abiertos por impulso maternal; lo apretó fuertemente contra su corazón para que sintiera los precipitados latidos, mientras las lágrimas rodaban menudas, lastimeras y amargas; al través de ellas vió «Pajarito» una mirada intensa de duda, de reproche ó de perdón, que, clara con fulgencias de astro en noche borrascosa, fué á iluminar las sombras que en tenebrecían el espíritu candoroso del desconsolado huérfano para despertarlo á las bruscas realidades de la vida!

XII

—¿Qué hay de güeno, comadrita?

—Pué ya lo ve osté, compadre, tóo malo: yo trabajando duro que duro, con perdón de osté, como una mula, pa que Nicho aprenda y llegue hacer algo. . . .

—¿Y qué milagro que se deja osté ver? . . .

—No é nenguno. . . . ¿Y mi ahijáo?

—Ya ejtá hecho un hombrazo. . . . ora lo tengo en vacacione dende jace días. . . El probecito, como no tiene que dir á la ejeuela, se levanta tarde y se acueta temprano; en el día se va por aí á jugar con su amigo Chencho. . . .

—¿Y piensa osté volverlo á mandar á la ejeuela?

—¿Y por qué no? . . . El máistro me ha dicho que aelanta mucho y que con

el tiempo y un ganchito será mú sabío y mú leío ¡Y quién quita, compá Gualupe, que el güeno de mi hijo me saque de este purgatorio y me ponga á descansar pué bien que lo necesita ejta bendita alma del Seño que no para en toito el día pa sacar pa los frijole y vestir y sostener á su Nicho. . . .

—Oigasté, comadre Mónica. . . . y perdone mi franqueza. . . . Yo creo que mi ahijáo pierde el tiempo con tóos esos embeleco de la aresmética, de la geometría, de la pentura y de la genasia. . . . tóo eso é purita música celestial. . . . ¡sí, señora! . . . ¡creámelo osté! . . . Mi ahijáo é probe y desamparáo como juí yo, y ejtá en mú bonita edad pa cogerle apego al oficio. . . . que lo emás é poner al probe sobre el rico, ó, lo que é pior, quererle iacer igual al rico. . . . ¡yo me entiendo, comadre, yo me entiendo! Porque sólo loj rico pueen darse el gustazo de ler y ler librotés y pasarse horas y horas en la ejcuela pa el final salir con que sirven

pa ganarle el pan al gobierno y andar mú finchá,* con laj manita mú limpiás; la cabeza mú peináa y con la trampa* aquí y la escasé allá! . . . ¡Náa, comadrita, que yo no quiero que mi ahijáo sea de esa calaña! . . . ¡Yo lo quiero hombre, honráo á carta cabal, con laj manos mú callosá, pero con la frente mú levantáa. . . .

—Tóo lo que osté dice é el evangelio, compá Gualupe. . . . Pero el máistro ha atercáo y no tiene traza de soltar al muchacho. . . . ¡Póngase osté en mi lugar y verá que nonsotras la madres no queremos lo pior pa nuetros hijos!

—¡E natural, comadrita, é natural! Pero dígame osté ¿qué jace mi ahijáo á los 15 ó 16 años, en cuando le diga el máistro: «Nichó, ya sabes tóo cuanto puee saber un muchacho de tu edad. . . . ora pónete á trabajar y que Diój te ayude!» . . . Y se lo dirá, comadrita, y se lo dirá! . . . Entonee jace lo que han hecho otros: creerse má sabíos que el mesmo Sa-

lomón y andar pa aquí y pa allá con tóa su sabedera* sin encontrar ónde colocar capellanía. . . . no gujtarle loj trabajos duros sino loj blandos, ónde no se calillen* laj manos ni se amuelen* loj pie. . . meterse á plumario* con dié ó quince duros* al mé, y con ejte sueldo querer andar mentando apariencia de gente encofetáa por el zapato de rechinío y el sombrero ladeáo. . . . y osté, la güena de su máma, trabajando y trabajando á la plancha pa que el fachoso* de su hijo se dé el Don Juan y traíga laj camisas blancas como palmito y laj pecheras brillantes como ejpejo. . . . ¡Y ái no é náa, comadrita, endejpué viene lo gordo! . . . El parguete* se enamorisquea de una jembra prencipal. . . . (porque le da por treparse mú alto) . . . y anda husmeando, y esquiniándose y haciendo visajes. . . . y con perdón de osté. . . . oliendo en cáa ejquina como si juera perro callejero. . . . y le dan con la puerta en lojocicos, y él, firme que firme, sigue

con su brutalidá, y no es puntual en su trabajo, y lo botan á la calle, y se pasa la vida de sereno y aplanador* tóo el día. . . . Entonce: á pedir fíao á este y á engañar al otro jasta que dá con su güesos en la gayola por embustero. . . . y osté se mata día y noche pa pagar lo que el gandúl* gastó y laboreó* por meterse á pinta copas* cuando había de ser un albañil de mi temple! . . .

El compá Gualupe al hablar así, lo hacía con vehemencia, casi con cólera, como si la cosa ya estuviera sucediendo; manoteaba desafortadamente, y chillaba con su voz gangosa más de la cuenta; conocía el camino que habían recorrido otros tales colocados en igual condición en la que ahora estaba «Pajarito,» y, por saberlo, quería arrancarlo del peligro que la madre no veía por el mirar engañoso de su entrañable cariño maternal; pero el albañil conocía la falsa perspectiva que atraía á muchos incautos al desastre y al vicio, y tendía su mano bien-

hechora para arrancar á «Pajarito» del borde del abismo. . . .

—Osté, compadre, lo ve tóo por el láo malo; si asina juera no habría por ái muchos que nacieron en un petate y ora son unos acaudaláos. . . . el mesmo Nicho me ha contáo que el máistro le ha leído en un librote la vida y milagros de una pila* de grandejombres que de muchachos jueron unos encueráos* y en llegando á la mayor edad tiene osté que eran unas personaj de mucho copete. . . . Uno vivía en un tonel y no tenía ni madre que lo engolviera; andaba con una linterna por las calles en punto de medio día y . . . ¡acabó por sabio! Otro andaba en cueros vivo y por haber encontráo no sé qué endiablada cosa de aresmética entre el baño, vino á ser un hombre lefo y escribió. . . . Y otros, y otros, que de pura bruta que soy no recuerdo, sin nacer en güenos pañale, ni tener un rial jueron una barbaridá de intiligentes. . . . Conque. . . .

—Ba, ba, comadrira, toito ejtá mú güeno pa ser lefo en letrotas de molde; pero que vengan otros á la práctica, como el de la linterna y el del baño, y no harán ni una pringuita así de eso milagros. . . . ¡que va, que va, Señá Mónica! . . . Sin dir má lejo ái ejtá Jesucrijto que nació en un pesebre. . . . ¿y por eso en cáa jijo de su máma que llegue á este mundo entre una caballeriza ya tóos han de ser adoráos por los santos Reye? . . . Cáa uno pa lo que ha nació. . . . y que se conforme con su refregáa suerte. . . . que lo emá é tortaj y pan pintáo, comadrira Mónica! . . .

—¿Y qué me aconseja osté, compá Gualupe, con respéito á mi hijo Nicho?

—Esa tenemoj! Pué la cosa salta á la vista y no é asunto de dirlo á bucar al otro mundo. . . .

—¡Pué diga osté!

—La cosa es llana como la palma de mi mano: Mi ahijáo vendrá conmigo al oficio y será albañil! . . . ¿No le parece á osté? . . . »

BIBLIOTECA
U. A. N. U.

La señora Mónica quedó un tanto pensativa; al cabo de corto silencio, que denunciaba una batalla interior de encontrados pensamientos, dijo á Don Guadalupe resueltamente:

—¡Güeno; en osté confío pa que mi hijo no aguante maloj modos! . . . É lo único que me ata á este mundo. . . . Por él la vida se me jace meno pesáa. . . . por él trabajo como una negra. . . . por él é soportáo tanta jambre y muncha humillacione. ¡A osté se lo entriego! . . . ¡Cuídemelo mucho, compadre! ¡Hágamelo hombre honráo, trabajador y cariñoso con su madre! . . . ¡Que no se güelva ingrato, egoijta y levantáo!* . . . ¡Que no se afrente de su madre!»—Al decir esto Doña Mónica sollozaba amargamente y se limpiaba las lágrimas con la punta de tosco delantal.

—¡Calma, calma, comadrita, y náa de llorar que no é cosa de guriguri*. . . No se vaya tan lejo. . . . Mi ahijáo será lo que yo, mala sea la comparancia,* . . . porqu

verá mi ejemplo y no me lo quitaré de mi láo. . . . ónde vaya yo á trabajar, allá irá conmigo. . . . Le enseñaré toito el oficio con gana. . . . y llegará, comadrita, llegará dende media cuchara que prencipiará jasta máistro de obra como yo!

—¿Y cuándo mero se irá al trabajo?

—Pronto. . . . Es cuistión de una naita de tiempo. . . . Como puee ser la semana entrante. . . . puee ser entro quince días. . . . Hay que esperar que traígan la arena y la cal pa la casa de Señor Timoteo, el viejito que vive aquí adelante. . . . ¿lo conoce? . . . ¡Adió pa osté! Un revendón* que á puro vender chicaj* de chile y de tomate ha juntáo su dinerito y á la fecha da su firma por cinco mil dno. . . .

—Ya vé osté, compadre, el peje por la boca cái. . . . ¿no me decía jace poco que los peláos no subían? . . .

—Sí, comadre, pero ejta é harina de otro cojtal. . . . Tío Timoteo no se salió

de su clase; vivió y trabajó como pro-
be. . . . De la escuela salió á los die años
y haciendo mandáo tóo el santo día y
llevando la canajta de argunos ricos á la
plaza, jué ajuntando sus cuartillas* . . .
Endejpué mercaba á doj pa vender
seí. . . se alevantaba con la amanejca y
apechugaba con toitos loj tomate y chi-
le que venían á ofrecer á la orilla de
río. . . . No pensó en ser plumario, ni en
ganar quince peso al mé, ni en saber
aresmética, ni en jacer letras gordas co-
mo trinquete, ni en darse charol,* ni en
náa de eso que é lo que pierde á loj mala
cabeza. . . ¡no! . . se conformó con su suer-
te. . . y ya vé osté, entro de poco le abro
los cimiento en el solar que compró a
Ayuntamiento; le alevanto unas padere-
dobles y le fabrico una casa que le tra-
rá la envidea al mesmo máistro de ejue-
la que no tiene un rial, pero cuenta con
mucho saber y muncha palabrería pa
echar por la calle de en medio á tantísim

tonto que cré en milagros y en cabañue-
las.

—¡Lo dicho, dicho! —siguió diciendo el
albañil con tono afirmativo— el ahijáo se
va conmigo y no tan á la güena de Dioj,
que ejtará má cuidáo y má protegío que
si juera en compañá del álcangel Rafáil
como Santo Tobía. . . . y perdone osté
la jatancia, comadre! . . .

—Güeno, compá Gualupe, y muchísi-
ma graciaj y que Dioj se lo pagué á osté
de gloria. . . .

—Ya, ya! No me venga osté con
graciaj y con esa bendecía gloria que
mucho merecé osté por su pacencia. . . .
que lo que hago é poco en comparancia
con lo que debía jacer. . . por algo llevé
al macaco* á la pila pa que le refrejea-
ra el chical* el pagrecito tata cura. . . .
Y ora, comadríta, pa sonsaçar al mucha-
cho (que tiempo sobra pa tóo), váyase
con tiento, que ejtos parguetes de ejta
época, apenita saben contar cinco con
loj dedo y echar cáa garabato que no

entiende naidén, ya se la echan de resabíos y no rebajan su categoría por náa de este mundo. . . .

Y tendiendo la mano para despedirse, concluyó el compadre Gualupe:

—¡Adió, comadrita! . . . Salúdeme al ahijáo y no olvide mi encargo. . .

—Jasta luego, compadre! . . . Cuanto venga Nicho, que anda por aí pasiendo con Chencho, le daré memoria de parte de su padrino! . . .

—¡Sí, sí, que la pasen bien! . . .»

Y el compadre Guadalupe salió á todo escape rumbo á su casa, pensando en todo el provecho que sacaría de su ahijado una vez metido en el oficio, y maldeciendo de las escuelas y de los maestros que echan á perder á los pobres con tanto atiborrarlos de libros y más libros para no enseñarles la ciencia de la vida por la cual sucumben á los primeros embates. . . .

Era el compá Gualupe hombre de claro entendimiento y poseía un si es ó no

es de odio para los ricos; odio que quizás le venía de lejanos atavismos, modificados por la templanza y crudeza de un natural bonanchón y de una inteligencia recta.

Cuando algún ahijado—y es fama que tenía muchos en el terruño— le decía con canturria y con codicia: «¿La mano, padrino?» No la alargaba para que se la besaran con respeto, ni la metía en los bolsillos para dar monedas con largueza, sino que pagaba el acatamiento y la cortesía con «¡un Dios te bendiga!» ceremonioso y convincente.

En lo físico era de complexión sana aunque raquítica; cabeza chica, redonda, con pelo corto y ojillos vivaces, parleros y escudriñadores, siempre inquisitivos y debajo de las espesas cejas y dentro de las cuencas hundidas; boca pequeña, cubierta acá y allá por el ralo y quemado bigote; cerraba el marco del avellanado rostro una piocha* de escasas hebras que no tenía espesor suficiente para ocultar

la nuez con pico de garbanzo que apuntaba en el cuello enteco; la inclemencia del clima—y particularmente el sol—le había tostado el color achocolatado de su piel lustrosa, haciendo que las pocas canas que blanqueaban por cabeza y barbas se echaran más de ver; de ropa andaba ligero: camisa blanca, sin pechera; recia y deslustrada banda; pantalón azul, bombacho, desteñido por el jabón y rallo por el uso; zapatos duros, de vaqueta encalada por la frecuencia de las faenas; en los descomunales bolsillos del pantalón traía la vara, como unidad de medida, doblada en varias partes por goznes de bronce, juntamente con la escuadra, papeles y lápiz para apuntar y liquidar las rayas*; llevaba encima toda la contabilidad de su albañilería, y con líneas y puntos no se le escapaba ni una cifra ni se equivocaba en un número; tenía cuenta y razón, cargo y data de todos los jornales, pedidos, adeudos y contratas con oficiales, peones, comer-

cientes y propietarios, ayudado por una memoria prodigiosa, en la que cabían nombres, fechas, números, fórmulas y diseños, quedando todavía hueco para guardar chascarrillos, cuentos y anécdotas que contaba en punto y sazón que el caso requería.

Comenzó de media cuchara con un diario de tres reales y acabó por ser maestro de obras de los reputados y formales del terruño.

En todo el día en que Señora Mónica tuvo la plática con el compadre, nada dijo al «Pajarito» del ofrecimiento y el arreglo con el albañil; inició el asunto en la noche contando la inesperada visita de Don Guadalupe; el interés que mostraba por su ahijado y lo contento que se puso cuando supo que Nicho estaba hecho un hombre y que había sacado en los exámenes muy altas y envidables calificaciones. . . .

A renglón seguido contó la vida laboriosa del compadre; alabó su juicio y su

constancia; impropio el uno y escasa la otra en muchachos de estos tiempos; insistió en semejante punto, y, detalladamente, complaciéndose en causar efecto en su hijo, hizo un panegírico rústico, pero verdadero, de la laboriosidad y el empeño del compadre, cuando niño, para alcanzar el galardón de su trabajo, con orgullo de su madre y contento y satisfacción de sus compañeros. . . .

¿Si tú hicieras lo mismo?—exclamó de pronto Doña Mónica clavando en Nieho la penetrante mirada preñada de súplicas, de anhelos y de insinuaciones.

«Pajarito» soportó, sereno, el dilatado y hondo mirar; vió para dentro de su alma, y se encontró pobre, mísero, desgraciado, en el comienzo del camino de la vida; sin un norte, sin un rastro, sin una mano que lo guiara; recordó los días alumbrados por un sol centellante en pleno bosque; el canto de las avejillas tempraneras meciéndose en las ramas pobladas de brotes con emanaciones de ar-

mas silvestres; la brillantez del río manso, en cuya apacible corriente se mueve, entre visos y luces y reverberos, el reflejo glauco de los temblones sauces que bordean y sombrean las solitarias riberas; el saludable descanso á la sombra plácida y fresca en el término de la carrera larga á través de caminos polvosos, de revueltas veredas y de palios inmensos de rica y espléndida vegetación; el zambucarse en las aguas del «Papaloapan,» al abrigo del extendido sombrero de copulento y greñudo «amate,» ó de copudo y ramoso «laurel,» que inclinan las tupidas hojas para contemplar su majestad y su arrogancia en la superficie espejada y coruscante; la trepa ruidosa á la copa altísima de los árboles seculares en busca de nidos y para rapiña de frutas en toda su madurez, que abren la gana de comer y empujan al despojo y al hartazgo; las huídas de la escuela en bandadas alharaquientas y voraces, cada y cuando la lección tenía busilis y el maes-

BIBLIOTECA
U. A. N. U.

tro prometía castigos; la vuelta de las escapatorias con las cabezas desgredadas, los bajos de los pantalones atrapados de lodo, las camisas rotas y las caras, y las manos, y los brazos, y las piernas, y los pies con araños, contusiones, rasguños, heridas y punzadas; las diabluras que le jugaban á Don Facundo Marmolillo cuando el bendito varón se ensimismaba con la lectura de periódicos y papeles públicos; las subidas al campanario, sin vigilancias ni prohibiciones de Cordero, ni gritos de Gañote y alicantinas de Chencho, al repique nutrido y á la queda lenta, en un campaneó que asordaba con estruendo tal, que hacía huir de los condútales de barandas y antepechos, en disparado vuelo, á las parleras golondrinas, anidadas por escondrijos tan encumbrados; las corridas de vela en bote, á trapo suelto, cuando el norte, con ráfagas huracanadas, levantaba en temibles inflexiones las antes quietas aguas del río, con ímpetu de iracundo

mar que ponía en riesgo de naufragio á la frágil y combatida embarcación, salpicada de coléricas espumas; los gritos desaforados, en el momento de mayor peligro, por muchachos cobardes, primerizos en estas excursiones, y los de entusiasmo del dueño del timón y los fieros espantables del bravucón de la escota que veía entrarle agua al bote por una de sus bandas, mientras arriba las nubes grises barríanse en legiones desenfrenadas, despejando á trechos el cielo, y en la orilla los árboles crujían desgajando las débiles horquillas y haciendo cabecear las duras ramazones, que flexibles y firmes, se doblaban rebeldes para al final de la racha que las domeñaba, levantar en empuje soberbio la altanera cima como crines enrespadas de briosos corceles que alzarán la cabeza para tomar pujanza; y allá, en la opuesta margen, entre brumas y murmullos y zumbidos y lamentaciones del viento, y sacudidas y vaivenes de los árboles de los pa-

tios y de las altas y silbantes casuarinas de la Capilla, se vislumbraba el caserío borroso por la distancia y blanco por el contraste del nublado.

Todos estos paisajes, todas estas traversuras de párvulo, pasaban como una visión palpitante de luz y refulgente de centelleos por la senda oscura de su vida triste, deslumbrando á «Pajarito» y retardándole en su respuesta; y en un momento, al recuerdo amargo de la despiadada orfandad en que estaba, dijo adiós á todos aquellos holgorios, á todos los juegos de su infancia, para pensar, con la insistencia de antes, en el trabajo, en el taller, en el jornal, que lo haría hombre anticipadamente, pero que le daba derecho para ser respetado y querido de sus compañeros de escuela y sus camaradas de oficio, al igual que su padrino Guadalupe; y así como se borró por un valeroso esfuerzo de la voluntad el panorama de días pasados al alegre cascabeleo de la infancia, «Pajarito»

contestó resueltamente á su madre: «¡Sí; seré albañil como mi padrino!» La señora Mónica, que creía haber arrancado la conformidad del huérfano por influjo de peregrina elocuencia, estrechó á su hijo contra su pecho y exclamó llorosa:

«Bendito sea el Señor que no me desampara!»

«Pajarito» comunicó á sus inseparables amigos la resolución de tomar oficio y no volver á la escuela de Don Facundo Marmolillo; como despedida de sus camaradas y para celebración del cambio de vida del hijo de la lavandera, se fueron todos al campo; en aquella jornada, que sería la última salida de «Pajarito» al raso y su postrer holganza, hizo prodigios de agilidad en peligrosas ascensiones por los elevados árboles; se bañó al pie del hondo barranco, tapizado de zacatales; nadó con ligereza y sin cansancio; hizo «el muerto», dió brazadas con las que le sacaba ventaja al nadar me-